

—¿Y bien? me preguntó la desdichada al verme.— Los condenados á muerte ya no existen, respondí; los demás viven y vivirán.

Luisa terminó su oración mirando al cielo con expresión de infinita gratitud. Luego me preguntó:—¿Cuánto hay de aquí á Tobolsk?—Unas ochocientas leguas, respondí.—Está menos distante que no supuse; gracias.—¿Por qué me hace V. tal pregunta? dije tras haber mirado por breve espacio y en silencio á mi paisana, de quien empecé á calar la intención.—¡Qué! ¿V. no lo adivina? profirió Luisa.—¿Pero no ve V. que en las circunstancias presentes es imposible? exclamé. Piense V. en el estado en que se encuentra.—¡Oh! nada tema V., amigo mío, sé lo que una madre debe á su hijo y al padre de su hijo: esperaré.

Inclinéme ante aquella mujer, y le besé la mano con tanto respeto como si hubiese sido una reina.

Por la noche partieron los desterrados, y desapareció el patíbulo. Al amanecer no quedaba huella alguna del horrendo drama que hemos descrito, y los indiferentes pudieron darse á entender que cuanto vieran lo habían soñado.

XVIII

No sin razón la madre y los hermanos de Waninkoff habían deseado conocer anticipadamente el día de la ejecución; los condenados, al dirigirse de San Petersburgo á Tobolsk tenían que pasar por Iroslaw, situada á unas sesenta leguas de Moscou, y la madre y las dos hermanas de Alejo esperaban ver á su paso á su hijo y hermano respectivo.

Ahora, como la vez precedente, Gregorio fué recibido con solicitud por las tres mujeres, que hacía más de dos semanas tenían sus pasaportes y estaban pron-

tas á ponerse en camino. Así es que sin detenerse más que el tiempo estrictamente necesario para dar las gracias á la que tan preciosa nueva las enviaba, se subieron á una kabilka, y, sin que nadie supiese adónde iban, partieron para Iroslaw.

En Rusia se viaja aprisa; la madre y las dos hijas, que partieron de Moscou por la mañana, llegaron por la noche á Iroslaw, donde con honda alegría supieron que aun no habían pasado los trineos de los desterrados.

Como la estancia de las tres en aquella ciudad podía despertar sospechas, y por otra parte era probable que cuanto más se exhibirían más inflexibles se mostrarían los guardas, la condesa y sus hijas se encaminaron hacia Mologa y se detuvieron en un villorrio, á tres leguas del cual había una cabaña donde los trineos de los desterrados tenían que relevar los tiros, pues los oficiales y sargentos que custodian á los penados suelen recibir la orden terminante de no efectuarlo nunca en ciudad ó pueblo.

Ya en el villorrio, las tres mujeres hicieron que de trecho en trecho se colocasen servidores inteligentes y activos para que les advirtiesen la llegada de los trineos.

A los dos días uno de los agentes de la condesa corrió á escape adonde ésta para decirle que la primera sección de penados, compuesta de cinco trineos, acababa de llegar á la cabaña, y que el alférez que la mandaba había enviado á los dos individuos que componían su escolta á buscar caballos al villorrio. La condesa se subió inmediatamente á su coche, y al galope de sus caballos se encaminó á la cabaña, al llegar frente á la cual se detuvo. Entonces y desde la carretera miró al través de la entrecabierta puerta. Waninkoff no formaba parte de la primera sección.

Un cuarto de hora después llegaron los caballos, y los penados se subieron nuevamente á sus trineos, que al punto anudaron el camino á escape.

Trascurrida media hora llegó el segundo convoy, que también se detuvo en la cabaña. Inmediatamente partieron dos soldados en busca de caballos, regresaron con ellos al cabo de un cuarto de hora, engancharonlos, y los penados partieron con igual rapidez que los primeros. Tampoco formaba Waninkoff parte de este convoy.

La condesa, por mucho que anhelase ver á su hijo, descaba que éste llegase lo más tarde. En efecto, cuanto más tardase en llegar, mayores eran las probabilidades de que en la cercana posta faltasen los caballos, empleados por las primeras secciones que acababan de pasar; entonces no habría más remedio que ir por ellos á la ciudad, y como el alto se prolongaría más, resultarían favorecidos los planes de la desventurada madre. Todo se aunó para el cumplimiento de este deseo: pasaron tres secciones más sin que Waninkoff pareciese, y, á la última, el alto se prolongó más de tres cuartos de hora, pues aun en Iroslaw costó grandemente encontrar los caballos que se necesitaban.

Apenas acababa de partir la quinta sección, llegó la sexta; al oírla venir, la madre y las dos hermanos se asieron instintivamente las manos, como si en el aire flotase algo que les advirtiese la aproximación de un hijo y de un hermano.

El convoy pareció en medio de las sombras, y, al verlo, una convulsión nerviosa se apoderó de las pobres mujeres, que se echaron llorando una en brazos de otra, las dos hijas con la cabeza reclinada en el seno de su madre, ésta con los ojos alzados al cielo.

Waninkoff se bajó del tercer trineo, y á pesar de la negrura de la noche, á pesar del innoble traje que lo cubría, la condesa y sus dos hijas lo conocieron.

Al adelantarse Alejo hacia la cabaña, una de sus hermanas iba á llamarlo por su nombre; pero la condesa le tapó la boca con la mano y ahogó su voz.

Alejo entró con sus compañeros en la cabaña.

Los penados que iban en los demás trineos se apearon á la vez y entraron en pos de Waninkoff, mientras el jefe de la escolta ordenaba á dos de sus soldados que saliesen en busca de caballos.

—Paréceme que no los habrá en los relevos ordinarios, dijo el campesino dueño de la cabaña al jefe del convoy.

El jefe se volvió entonces hacia los suyos, y les ordenó que se desparramasen por las cercanías y en nombre del emperador se apoderasen de cuantos caballos encontrasen.

Los soldados obedecieron, y el jefe se quedó solo con los penados.

Semejante aislamiento, imprudente en todas partes, no lo es en Rusia; allí el reo es realmente reo, queremos decir que en el inmenso imperio sometido al zar, aquél no puede huir sin que indefectiblemente lo cojan antes de haber andado cien verstas; no le sería posible llegar á ninguna de las fronteras sin haberse muerto de hambre cien veces.

El subteniente jefe del convoy, Iván, se quedó pues solo, paseándose por delante de la puerta de la cabaña, sacudiéndose sus pantalones de cuero con el látigo que tenía en la mano, y deteniéndose de tiempo en tiempo para mirar el coche que estaba en medio del camino y sin caballos.

Poco después abrióse la portezuela del coche, y de él se apearon cual espectros tres mujeres que se acercaron á Iván, que no comprendiendo qué significaba aquella triple aparición, se detuvo.

La condesa se acercó á él con las manos juntas, y sus dos hijas se quedaron un poco atrás.

—Caballero subteniente, dijo la condesa, ¿anida V. en su alma alguna compasión?— ¿Qué desea vuestra señoría? repuso el interpelado, conociendo en la voz y en el porte la representación social de la que le dirigía la palabra.—Deseo más que la vida, caballero; deseo ver á mi hijo, á quien lleva V. á Siberia.—No

puede ser, señora, contestó el subteniente; se me ha prohibido terminantemente el dejar comunicar los penados con quien quiera que sea, y de no cumplir la orden incurrir en el castigo del knut.—¿Quién va á saber que V. ha contravenido á ella, caballero? profirió la condesa, mientras sus hijas, que se habían quedado tras ella en pie é inmóviles como dos estatuas, juntaban lenta y maquinalmente las manos en ademán de súplica.—No puede ser, señora, no puede ser, dijo Iván.—¡Madre! exclamó Alejo abriendo la puerta de la cabaña y lanzándose en brazos de la condesa; ¡madre! ¡Ah! ¡he conocido su voz!

El subteniente hizo un movimiento para apoderarse del conde; pero al mismo tiempo y con simultáneo arranque las dos doncellas se abalanzaron á él, y una cayó á sus pies y le abrazó las rodillas mientras la otra lo cogía cuerpo á cuerpo, le mostraba con la mirada al hijo y á la madre confundidos en estrecho abrazo, y le decía:—¡Oh! ¡mire V.! ¡mire V.!

Iván, que era hombre de bien, lanzó un suspiro, como diciendo: ¡Cedol

—¡Madre! dijo en voz sumamente queda una de las doncellas, el señor subteniente nos da permiso para que abracemos á nuestro hermano.

La condesa, al oír estas palabras, se apartó de los brazos de su hijo y ofreció al subteniente una bolsa henchida de monedas de oro, diciéndole:—Tome V., amigo mío, justo es que si por nosotros se expone V. á un castigo, reciba V. la recompensa.

Iván lanzó una mirada á la bolsa que la condesa le ofrecía, y sin tocarla, temeroso de que su contacto no hiciese demasiado viva la tentación, movió á una y otra parte la cabeza y exclamó, mientras con el dedo señalaba á las dos desconsoladas doncellas:—No, señora; si falto á mi deber, esa es la excusa que puedo dar á mi juez, y si mi juez no la admite, se la daré á Dios, que la acogerá.

La condesa cogió la mano de Iván y se la besó, y

las dos doncellas se acercaron apresuradamente á Alejo.

—Señora, dijo Iván, como todavía falta más de media hora para que lleguen los caballos, y ustedes no pueden entrar en la cabaña porque las verían los demás penados, ni permanecer aquí durante todo ese tiempo, súbanse ustedes cuatro al coche y corran las cortinillas; así, no viéndoles persona alguna, es probable que no se trasluzca la majadería que cometo.—Gracias, subteniente, dijo Waninkoff con lágrimas en los ojos; pero á lo menos tome V. esa bolsa.—Tómela V., mi teniente, respondió en voz baja Iván, dando por costumbre al joven un título que éste ya no tenía derecho á llevar; tómela V., allá abajo tendrá V. más necesidad de ella que no yo aquí.—¿Pero no ve V. que al llegar me registrarán?—Bueno pues, la tomo, y luego se la devolveré á V.—¡Oh! amigo mío...—¡Silencio! oigo el galopar de un caballo. Suban ustedes al coche, ¡voto al diablo! apresúrense; es uno de mis soldados que regresa del pueblo, donde no ha encontrado caballos. Voy á enviarlo á otro. ¡Suban ustedes! ¡suban ustedes!

Al proferir estas últimas palabras, Iván empujó al conde hacia el coche, al que le siguieron su madre y sus hermanas, y luego cerró la portezuela.

Así pasaron aquellos cuatro seres una hora, hora de gozos y dolores, de risas y sollozos, hora suprema como la de la muerte, pues los cuatro estaban persuadidos de que iban á separarse para siempre jamás. Durante aquella hora la condesa y sus hijas hicieron sabedor á Waninkoff de que á Luisa debían el haber conocido con doce y veinticuatro horas de anticipación la conmutación de su pena y su partida, y el verse nuevamente. El conde miró al cielo y susurró el nombre de su amada como hubiera susurrado el de una santa.

Al cabo de una hora, pasada con la rapidez de un segundo, Iván abrió la portezuela y dijo:

—Los caballos llegan de todas partes; es menester que se digan ustedes adiós.—Un minuto más, por favor, exclamaron á una la condesa y sus hijas, mientras Alejo, demasiado altivo para implorar á un inferior, permanecía callado.—Ni un segundo, ó me pierden ustedes, respondió Iván.—¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós! susurraron confusamente y entre besos el conde, su madre y sus hermanas.—¿Quieren ustedes verse nuevamente? preguntó Iván, conmovido á su pesar.—¡Oh! sí, sí.—Pues tomen ustedes la delantera y aguarden en el próximo relevo; como la noche está muy oscura, nadie las verá, y dispondrán ustedes de otra hora. Tanto me castigarán por haber faltado dos veces como por una.—¡Oh! no le castigarán á V., profirieron á una las tres mujeres; al contrario, Dios lo recompensará.—¡Jum! repuso con acento de duda el subteniente sacando del coche y casi contra su voluntad á Alejo, que oponía alguna resistencia, pero que se apartó apresuradamente de los suyos al oír el galope cada vez más próximo de los caballos.

Waninkoff se sentó á la puerta de la cabaña, en una piedra, donde á los ojos de sus compañeros podía muy bien haber pasado todo el tiempo de su ausencia.

El coche de la condesa, cuyos caballos estaban descansados, partió con la velocidad del rayo, y se detuvo entre Iroslaw y Kostroma, cerca de una cabaña solitaria como la primera, y de la que los recién llegados vieron salir la sección que precedía á la de Alejo. La condesa mandó desenganchar inmediatamente, y envió á su cochero en busca de caballos, ordenándole que se los procurase á toda costa; luego ella y sus hijas, fortalecidas por la esperanza de ver una vez más á su amado Alejo, quedaron solas en el camino y aguardaron.

La espera fué cruel. En su impaciencia, la condesa habíase dado á entender que se acercaba á su hijo apresurando la carrera de sus caballos, cuando lo que

había hecho era anticiparse casi una hora á los trineos. Aquella hora fué un siglo para las tres mujeres, que durante ella hicieron mil contradictorios pensamientos y sintieron quebrantárseles el corazón al embate de mil confusos temores. Ya las tres empezaban á sospechar que Iván se había arrepentido de la imprudente promesa que hiciera y en su consecuencia tomado otro camino, cuando oyeron el ruido de los trineos y el de los látigos de los cocheros. Entonces se asomaron las tres á la ventanilla, y al ver acercarse el convoy en medio de la oscuridad, se les ensanchó el corazón.

Todo pasó en este relevo con la misma felicidad que en el anterior. Como por milagro, aquellos que creían no volver á verse sino en el cielo pudieron pasar juntos tres cuartos de hora, durante los cuales la desgraciada familia acordó bien ó mal una especie de correspondencia; luego y como postrer recuerdo, la condesa se quitó de un dedo un anillo y lo dió á su hijo. Hermano y hermanas, hijo y madre se abrazaron y besaron por última vez, pues la noche estaba ya demasiado avanzada para que Iván permitiese otra entrevista, que por lo expuesta hubiera sido una infamia el solicitarla. Alejo volvió á subirse al trineo que lo llevaba al confín del mundo, más allá de los Urales, hacia el lago de Tchany, y en pos y junto al coche en que lloraban la madre y las dos hijas, pasaron en sombría fila los demás trineos, que no tardaron en perderse en las tinieblas.

En Moscou y en cumplimiento del encargo que le hiciera, encontró la condesa á Gregorio, á quien entregó para Luisa un billete que Waninkoff escribiera con lápiz en una hoja del libro de memorias de una de sus hermanas, durante la segunda entrevista y que sólo contenía estas líneas:

“No me engañé: eres un ángel. En este mundo ya no puedo hacer por tí más que amarte como mujer y

adorarte como una santa. Te recomiendo nuestro hijo. Adiós.—ALEJO.»

Al transcrito billete acompañaba una carta de la condesa, en la que ésta incitaba á Luisa á que fuese á vivir con ella en Moscou, donde la esperaba como una madre espera á su hija.

Luisa besó el billete de Alejo, y al leer la carta de la condesa se sonrió con amargura y exclamó:—No, no iré á Moscou, sino á otra parte.

XIX

En efecto, desde aquel instante Luisa persiguió con perseverancia el proyecto que el lector ya ha adivinado, el de ir á reunirse en Tobolsk al conde Alejo.

Como dije, Luisa estaba en cinta, y aun le faltaban unos dos meses para el alumbramiento; sin embargo, como quería partir inmediatamente después de su salida á misa, no dejó de mano sus preparativos, los cuales consistían en reducir á dinero cuanto poseía, tienda, muebles y alhajas.

Como sabían la necesidad en que mi amiga se encontraba, realizó con pérdida de una tercera parte.

Gracias á esta venta, Luisa reunió unos treinta mil rublos, y en cuanto los hubo reunido, dejó su casa de la calle de Niuski y se retiró á un pequeño piso del canal del Moika.

Por mi parte, acudí á Gorgoli, mi eterna providencia, y me prometió que llegado el caso obtendría del zar el permiso para que Luisa se reuniese á Alejo Waninkoff.

El rumor de este proyecto cundió por San Petersburgo, y todos se hacían lenguas, de la abnegación de la joven francesa, si bien añadían que en el instante de partir le caería el ánimo. Sólo yo, que conocía á

Luisa, sabía cuán equivocados andaban los que tal suponían.

Por lo demás, yo era el único amigo de Luisa, ó, para hablar con más propiedad, era su hermano; junto á ella pasaba todos los instantes que me quedaban libres, y mientras estábamos reunidos no habíamos más que de Alejo.

Si alguna vez me empeñaba en hacerla desistir de su proyecto, al que yo calificaba de locura, Luisa me asia las manos, y, mirándome con tristeza, me decía: «Ya sabe V. que si el amor no me llevase á Tobolsk, me llevaría allá el deber. ¿No fué el tedio á la vida y el no contestar yo á sus cartas los que motivaron la entrada de Alejo en aquella descabellada conspiración? Como yo le hubiese dicho seis meses antes que lo amaba, hubiera hecho más caso de su vida, y hoy no estaría desterrado. Ya ve V. que soy tan culpada como él, y que por tanto es justo que sufra la misma pena.» «Vaya V. pues, y cúmplase la voluntad de Dios», le respondía yo, que en su lugar hubiera hecho lo mismo.

A primeros de setiembre Luisa dió á luz un niño; y al instarla para que escribiese á la condesa de Waninkoff anunciándole la nueva, me respondió:—A los ojos de la sociedad mi hijo no tiene nombre y por consiguiente tampoco tiene familia. Si la madre de Alejo lo reclama, se lo daré, pues no quiero exponer á mi hijo á un viaje tan penoso en este momento; pero no se lo ofreceré, pues no quiero exponerme á que se niegue á recibirlo.

Dichas estas palabras, Luisa llamó al ama para besar á su hijo y para mostrarme cuánto se parecía éste á su padre.

Pero sucedió lo que tenía que suceder. La madre de Alejo supo el parto de Luisa, y escribió á ésta que tan pronto estuviese restablecida, la aguardaba con su hijo. Aquella carta habría acabado con las vacilaciones de mi amiga, si mi amiga hubiese titubeado toda-

vía: lo único que le daba malos ratos era lo porvenir de su hijuelo, y ahora, tranquila sobre este punto, ya nada tenía que esperar.

Con todo eso, por mucho que Luisa anhelase partir sin demora, las emociones que sintiera durante su preñez habían menoscado su salud, de modo que su convalecencia era tardía. No que no hiciese largo tiempo que hubiese dejado la cama, pero no me llamé á engaño ante sus alardes de fuerza. Consulté con el médico, y me respondió que todo el vigor de la enferma radicaba en su voluntad, pero que realmente estaba aún demasiado endeble para emprender el viaje. Esto, sin embargo, no la habría impedido partir si ella hubiera sido dueña de salir de San Petersburgo, pero como únicamente por mi conducto podía llegar á sus manos el permiso, no tuvo más remedio que atemperarse á lo que yo quería.

Una mañana llamaron á la puerta de mi cuarto, y como á la llamada siguió la voz de Luisa, púsemelos pantalones y la bata, y, temeroso de que le hubiese sucedido alguna desgracia, abrí apresuradamente.

—¿Qué pasa? pregunté á mi amiga. —¡Está salvado! ¡está salvado! exclamó Luisa, radiante de alegría y echándome los brazos al cuello. —¿Quién? pregunté. —¡Él! ¡él! ¡Alejo! —¡Imposible! —Tome V. y lea, repuso Luisa entregándome una carta del conde. Y al ver que yo la miraba con asombro, añadió: Lea V., lea V.

Abrumada por el peso de la alegría, Luisa cayó en un sillón.

La carta decía:

«Mi querida Luisa: cree como en mí mismo en el portador de esta carta; más que mi amigo es mi salvador.

»Durante el camino caí enfermo de fatiga, y me detuve en Perm, donde mi buena suerte quiso que en el hermano del carcelero conociera á un antiguo criado

de mi familia. A ruego suyo, el médico ha declarado ser de todo punto imposible que yo continuase adelante, por impedirlo la suma gravedad de mi dolencia, y ha dispuesto que pasase el invierno en el *ostrog* (1) de Perm, que es de donde te escribo la presente.

»Todo está preparado para mi fuga, y el carcelero y su hermano me acompañarán; pero es mi deber indemnizarles de lo que por mí van á perder y de los peligros á que se expondrán acompañándome. Entrega pues al dador no sólo cuanto dinero poseas, más también todas tus alhajas.

»Como sé cuánto me amas, espero que no traficarás con mi vida.

»Tan pronto esté en seguridad, te escribiré para que te reunas á mí. —EL CONDE DE WANINKOFF.»

—¿Y bien? dije á Luisa después de haber leído dos veces esta carta. —¿Pero V. no ve?... —Sí, veo un proyecto de fuga. —¡Oh! saldrá en bien. —¿Qué ha hecho V.? —¿Usted me lo pregunta? —¡Cómo! exclamé. ¿Usted ha dado á un desconocido?... —Cuanto poseía. —¿Pero está V. bien segura de que esta carta es de Alejo? repuse mirando de hito en hito á Luisa y vertiendo una á una mis palabras. —¿De quién pues? replicó mi amiga mirándome á la vez; ¿quién sería el hombre bastante vil para jugar con mi dolor? —¿Y si ese hombre fuese?... No me atrevo á decirlo; tengo un presentimiento, y sólo al pensarlo me estremezco. —Hable V., dijo Luisa poniéndose pálida como una difunta. —¿Y si ese hombre fuese un estafador que hubiese contrahecho la letra del conde? —¡Oh! no, no, repuso Luisa arrancándome de las manos la carta y levantando mucho la voz como para tranquilizarse á sí misma. Conozco demasiado la letra de Alejo para que me engañasen.

(1) Nombre de las prisiones destinadas á los reos políticos.

Y sin embargo Luisa se puso aún más pálida al releer el escrito.

—¿Trae V. encima alguna otra carta del conde? pregunté á mi amiga.—Sí, tome V. su billete escrito con lapiz.

En la apariencia á lo menos, la escritura era la misma, y sin embargo la letra de la carta parecía trazada con cierta vacilación.

—¿Pero V. cree que el conde se habría dirigido á usted? pregunté entonces á Luisa.—¿Y por qué no? ¿No soy yo la persona á quien Alejo más ama en el mundo?—Para pedir amor y abnegación, si se habría dirigido á V., repuse; mas para pedir dinero, á su madre.—¿Pero no es suyo cuanto poseo? ¿lo que poseo no procede de él? me respondió Luisa con voz más y más alterada.—No cabe duda, todo eso es suyo, todo procede de él; pero ó no conozco al conde de Waninkoff, ó esta carta no está escrita de su mano.—¡Dios mío! ¡Dios mío! articuló mi amiga, ¡y esos treinta mil rublos eran toda mi fortuna, mi único recurso, mi única esperanza!—¿Cómo firmaba las cartas que solía enviar á V.? pregunté.—Alejo, siempre Alejo, y nada más.—Ya ve V., esta dice: *el conde de Waninkoff*.—Es verdad, repuso Luisa aterrada.—¿Y usted no sabe qué ha sido del hombre que le ha entregado esa carta?—Me ha dicho que había llegado anoche á San Petersburgo y que sin dilación se volvía á Perm.—Urge que ponga V. el caso en conocimiento de la policía. ¡Oh! ¡si todavía fuese gran maestre de ella el señor Gorgoli!—¿A la policía?—Sí.—¿Y si nos engañamos? replicó Luisa; ¿si ese hombre no es un petardista, si es verdaderamente el salvador de Alejo? Entonces en mi duda, en el temor de perder algunos miserables miles de rublos, detendría su fuga, y sería por segunda vez causa de su perpetuo destierro. ¡Oh! no, es preferible correr el albur. No se preocupe V. conmigo, me ingeniaré como pueda. Lo único que yo querría saber es si Alejo está realmente

en Perm.—Escuche V., repuse, he oído decir que los soldados que sirvieron de escolta á los penados están ya de regreso hace algunos días. Conozco á un teniente de gendarmes, y voy á verlo para que me instruya. Aguárdeme V. aquí.—No, acompaña á V., exclamó Luisa.—Guárdese V. de hacerlo. Primeramente no está V. todavía bastante fortalecida para salir, y es ya una imprudencia gravísima lo que ha hecho, y luego, quizá me impediría V. saber lo que probablemente sabré sin V.—Vaya V. pues y vuelva cuanto antes; piense V. que le aguardo y no olvide porqué le aguardo.

Pasé á otro aposento, acabé de vestirme en un santiamén, me bajé á la calle, me subí á un droschki por el que previamente enviara, y diez minutos después llegué á casa del teniente de gendarmes Solowieff, que era uno de mis discípulos.

No me habían engañado, la escolta estaba de regreso hacía tres días; pero el teniente que la mandara y de quien pudiera yo haber obtenido informes puntuales, había solicitado y conseguido una licencia de seis semanas para pasarlas en Moscou al lado de su familia. Solowieff, al ver cuánto me contrariaba la ausencia del ex jefe de la escolta, se puso á mi disposición incondicionalmente y con tanto agrado, que no titubeé un solo instante en decirle que me urgía tener noticias positivas de Waninkoff.

—Es lo más fácil del mundo, me respondió Solowieff; el subteniente que mandaba la sección de que formaba parte el conde, pertenece á mi compañía. Y llamando á su mujick, le ordenó que se llegase á casa de Iván y le dijese que sin demora se dejase ver.

Diez minutos después entró el subteniente, figura militar en toda la acepción de la palabra, entre severa y jovial, quiero decir que era uno de esos hombres que si nunca se ríen de veras, tampoco dejan nunca de sonreírse.

Aunque en aquel momento todavía ignoraba yo lo

que Iván hiciera por la condesa y sus hijas, al primer aspecto me sentí inclinado á su favor.

—¿Es V. el subteniente Iván? le pregunté al verlo. —Para servir á V., me respondió.—¿Fué V. quien mandó la sección sexta?—Sí, señor.—¿No formaba el conde de Waninkoff parte de aquella sección?—¡Jum! ¡jum! profirió Iván, no sabiendo cuál sería el resultado de aquel interrogatorio.—Nada tema V., dije al notar su apuro, habla V. con un amigo del conde, con un amigo que daría su vida por él; hágame V. pues la merced de decirme la verdad.—¿Qué desea V. saber? me preguntó Iván, encerrándose en la defensiva.—¿Enfermó en el camino el conde?—No, señor.—¿Se detuvo en Perm?—Ni siquiera para relevar el tiro.—¿Conque siguió adelante?—Hasta Koslowo, donde espero que á estas horas goce de tan buena salud como V. y yo.—¿Qué clase de población es Koslowo?—Una linda aldehucla situada en la margen del Irtych, á unas veinte leguas más allá de Tobolsk.—¿Está V. seguro?—¡No he de estarlo, si el gobernador me libró un recibo que, al llegar antier, lo puse en manos de su excelencia el señor gran maestro de policial—¿Conque la historia de la enfermedad del conde y de su quedada en Perm es pura fábula?—No hay en toda ella ni una palabra de verdad.—Gracias, amigo mío.

Seguro ya de lo ocurrido, me encaminé á casa de Gorgoli, y le conté lo que pasado había.—¿Y dice V. que esa joven está decidida á ir á Siberia para reunirse á su amante? me preguntó Gorgoli.—Sí, señor.—¿Aun sin dinero?—Sí, señor.—Pues vaya usted y dígame de mi parte que verá cumplidos sus deseos.

De regreso en mi casa, encontré á Luisa en mi cuarto.

—¿Y bien? me preguntó mi amiga al verme.—Buenas y malas noticias, respondí: los treinta mil rublos de V. han volado, pero el conde no ha estado enfermo, y en la hora de ahora se encuentra en Koslowo, de donde no es probable que se fugue, y adonde po-

drá V. encaminarse mediante un permiso que obtendrá usted.—Nada más quería, dijo Luisa; lo único que pido á V. es que me proporcione cuanto antes el permiso.

Prometíselo á Luisa, que se despidió de mí casi consolada, tan grande era su voluntad y tan firme su resolución.

Ocioso es decir que al separarme de mi compatriota puse á su disposición cuanto dinero obraba en mi poder, esto es unos dos ó tres mil rublos, atento que, un mes antes, había enviado á Francia todos mis ahorros desde mi llegada á San Petersburgo.

Por la noche y mientras me encontraba en casa de Luisa, anunciaron á un ayudante de campó del zar.

El ayudante era portador de una carta de audiencia para las once de la mañana del día siguiente, en el palacio Invierno.

Gorgoli había cumplido con creces su palabra.

XX

Por más que la carta de audiencia era un feliz presagio, Luisa pasó la noche en medio de la inquietud y del temor. Yo no me separé de ella hasta la una de la madrugada, esforzándome en tranquilizarla y contándole cuantas acciones nobles del emperador habían llegado á mi noticia, hasta que por fin y después de haberle prometido volver á la mañana siguiente para acompañarla á palacio, me despedí de ella dejándola un poco sosegada.

A las nueve de la mañana fui por Luisa, y la encontré ya dispuesta y ataviada conforme convenía á una suplicante: quiero decir que ostentaba traje negro, pues vestía de luto por su desterrado amante, y no lucía ni una joya. La cuitada, como recordará el

lector, lo había vendido todo, incluso su vajilla de plata.

Llegada la hora, partimos, y, una vez á la puerta de palacio, Luisa se apeó, dejándome en el coche, presentó su carta de audiencia, y no sólo la dejaron pasar, mas también y en virtud de previa orden, un oficial la condujo hasta el gabinete del emperador, donde se despidió de ella rogándole que aguardase.

Luisa se quedó sola espacio de diez minutos, durante los cuales y por dos veces se sintió indispuesta; por fin resonaron pasos en la pieza contigua, abrióse la puerta, y entró el emperador.

Al ver al soberano, mi compatriota no acertó á hacer otra cosa que juntar las manos y caer de rodillas.

—Esta es la segunda vez que veo á V., dijo Nicolás acercándose á mi amiga, y, como la primera, de hinojos. Levántese V.—¡Oh! señor, repuso Luisa, es que las dos veces tenía que pedir á vuestra majestad una gracia. La primera la vida de él, ahora la mía.—Pues bien, dijo el emperador, el feliz éxito de la primera petición que me dirigió V., ha de alentarla á hacerme la segunda. Hanme dicho que V. deseaba un permiso para reunirse á él, y esto es lo que V. viene á solicitar de mí. ¿No es verdad?—Sí, señor, esta es la gracia que espero de vuestra majestad.—Sin embargo V. no es hermana ni esposa de él.—Soy... su amiga... señor, y él tiene necesidad de una amiga.—¿Ya sabe V. que está desterrado á perpetuidad?—Lo sé, señor.—Más allá de Tobolsk.—Sí, señor.—Es decir en una tierra en que apenas durante cuatro meses del año luce el sol y se visten de hojas los árboles, y en los ocho restantes está bajo el imperio del hielo y de las nieves.—Lo sé, señor.—¿Sabe V. también que allí no puede él compartir con V. posición social, fortuna, ni título, y que está más pobre que el mendigo á quien ha hecho V. limosna esta mañana al venir á este palacio?—Sí, señor.—¿Luego posee usted algún dinero, es V. dueña de una fortuna, ó

alienta alguna esperanza?—¡Ay! señor, ya nada poseo. Ayer tenía treinta mil rublos, producto de todos mis bienes de fortuna, y sin respetar la causa á que los consagraba, me los han robado.—Valiéndose de una supuesta carta de él, ya me lo han dicho. Esto, más que un robo es un sacrilegio. Si el que lo ha cometido cae en manos de la justicia, prometo á V. que será castigado como si hubiese robado el cepillo de los pobres en una iglesia. Pero puede V. fácilmente resarcirse del dinero que le robaron.—¿Cómo, señor?—Dirigiéndose á la familia de él, que está rica y prestará á V. su apoyo.—Perdóneme vuestra majestad, pero no deseo más ayuda que la de Dios.—¿Luego piensa V. ponerse en camino en tan aflictivas circunstancias?—Sí, señor, si para ello obtengo el permiso de vuestra majestad.—Pero ¿con qué recursos?—Vendiendo lo que me queda, puedo reunir algunos centenares de rublos.—¿No tiene V. amigos que puedan ayudarla?—Los tengo, señor, pero soy orgullosa y no quiero pedir prestado un dinero que me vería en la imposibilidad de devolver.—Sin embargo, dos ó tres cientos rublos apenas bastarán á V. para hacer en coche la cuarta parte del camino. ¿Usted sabe qué distancia hay de aquí á Tobolsk, hija mía?—Tres mil cuatrocientas verstas, poco más ó menos ochocientas leguas francesas.—¿Cómo va V. á recorrer pues las quinientas ó seiscientas leguas que le faltarán hacer?—En el camino hay poblaciones, señor, y como no he olvidado mi antiguo oficio, me detendré en cada una de ellas, me presentaré en las casas más ricas, explicaré las causas de mi viaje, se compadecerán de mí, daránme trabajo, y, en cuanto me haya ganado con que continuar mi camino, seguiré adelante.—¡Pobre mujer! profirió Nicolás enternecido. Y dígame, ¿ha pensado V. en las dificultades materiales de un viaje como este, aun para las personas ricas? ¿Por dónde tiene V. determinado pasar?—Por Moscou, señor.—¿Y después?—¿Después? lo ignoro, señor...

Preguntaré... Lo único que sé es que Tobolsk está situada al este.—Pues bien, acérquese V. y mire, dijo Nicolás desdoblado sobre su bufete el mapa de su grande imperio. Y cuando Luisa hubo obedecido, continuó: Ahí Moscou, hasta aquí todo se presentará bien; ahí Perm, tampoco hallará V. tropiezos para llegar á ella; pero luego vienen los montes Urales, esto es el confín de Europa, donde todavía encontrará usted una ciudad, centinela solitaria que vela en las fronteras del Asia, Ekatherimburgo; pero más allá no cuenta V. con recurso alguno, y sin embargo, tendrá usted que salvar todavía una distancia de trescientas leguas. Mire V. á qué distancia están unas de otras las aldeas, qué anchura la de los ríos; ni en éstos hay puentes, ni ventas en el camino; puede que en las corrientes dé V. con algunos bancos, y de no, encontrará siempre vados, pero vados que es menester conocerlos, pues de lo contrario lo devoran todo, viajeros, caballos y coches.—Señor, profirió Luisa con la tranquilidad de la resolución, cuando llegue á esos ríos, ya estarán helados, pues según me han dicho, en esa región el invierno es todavía más prematuro que en San Petersburgo.—¡Cómo! ¿ahora quiere V. partir? exclamó el soberano, ¿durante el invierno iría usted á reunirse á él?—Señor, durante el invierno es cuando ha de ser más terrible la soledad.—¿Pero no ve V. que eso es imposible? ¿no comprende V. que eso es una locura?—Si vuestra majestad se opone, si será imposible, pues nadie puede desobedecer á vuestra majestad.—No, el obstáculo no lo opondré yo, sino V., su razón, las dificultades que se alzarán contra su proyecto.—Siendo así, señor, partiré mañana mismo.—Pero ¿y si sucumbe V. en el camino?—Si sucumbo, señor, él ignorará eternamente que he muerto al ir á su encuentro, y creerá que no lo amaba; si sucumbo, él nada perderá, pues no soy madre, hija, ni hermana suya, sino tan sólo su amante, esto es una mujer á la cual la sociedad no da derecho alguno,

y que sin embargo ha de mostrarse á ella agradecida cuando únicamente la trata con indiferencia. Ahora, si llego al fin de mi viaje, señor, lo seré todo para él, madre, hermana, familia; seré más que mujer, seré un ángel bajado del cielo, y para sufrir seremos dos, y los dos sólo estaremos desterrados físicamente. Ya ve vuestra majestad cuánto urge que me reuna á él.—Tiene V. razón, dijo Nicolás mirando á Luisa, y no me opongo á que V. parta. Pero en cuanto de mí dependa y si V. lo consiente, voy á velar por V. durante el camino.—¡Oh! señor, exclamó Luisa de rodillas, doy las gracias á vuestra majestad.

El emperador llamó, y preguntó al ayudante de campo que acudió al són de la campanilla:—¿Se ha pasado orden al subteniente Iván para que se venga?—Hace una hora que está aguardando las órdenes de vuestra majestad, respondió el ayudante.—Que entre.

El ayudante se inclinó y fué, y cinco minutos después entró en el gabinete nuestro antiguo conocido el subteniente Iván, que se detuvo á un paso de la puerta, y quedó en pie, inmóvil, con la mano izquierda en la costura de sus pantalones y la derecha en su morrión.

—Acércate, le dijo con voz severa el emperador.

Iván se adelantó cuatro pasos y recobró su primera actitud.

—Acércate más, continuó el soberano.

El subteniente avanzó otros cuatro pasos, y se encontró separado del emperador sólo por la anchura del bufete.

—¿Eres el subteniente Iván? preguntó Nicolás.—Sí, señor.—¿No mandabas la escolta de la sección sexta?—Sí, señor.—¿No te ordenaron que no dejases comunicar los presos con persona alguna?

Iván hizo un esfuerzo para responder, pero sólo acertó á balbucear las palabras que las dos primeras veces articulara con tanta firmeza.

El emperador hizo que no reparaba en la vacilación del subteniente, y continuó:

—¿No estaba el conde Alejo Waninkoff entre los presos de tu sección?

Iván palideció é hizo una señal de afirmación con la cabeza.

—Pues bien, á pesar de la orden terminante que habías recibido, le dejaste que se viese con su madre y sus hermanas, primeramente entre Mo-Ioga é Iroslaw, y luego entre Iroslaw y Kostroma.

Luisa se adelantó para volar en socorro del pobre Iván, pero el emperador tendió hacia ella y con ademán de mando la mano. En cuanto al pobre subteniente, tuvo que apoyarse en la mesa para no dar consigo en el suelo.

—Al contravenir á las órdenes que recibiste, prosiguió tras una pausa de silencio el monarca, ya sabías á qué te exponías.

Luisa, al ver que el subteniente era incapaz de responder, sintió por él tanta compasión, que á pique de incurrir en el desagrado de Nicolás, juntó las manos y dijo:—¡Por Dios, señor, gracia para él!—Sí, sí, señor, susurró el desventurado, ¡gracia! ¡gracia!—Concedida, contestó el monarca.

A Iván se le quitó de encima una montaña, y Luisa lanzó una voz de alegría.

—Pero advierte, continuó el emperador, que te la concedo á ruego de esa dama y con una condición.—¿Cuál, señor? exclamó Iván.—¿Adónde condujiste al conde Alejo Waninkoff?—A Koslowo.—Pues vas á emprender nuevamente el mismo camino para conducir á esa dama adonde el conde Alejo.—¡Oh! ¡señor! profirió Luisa, empezando á comprender el porqué de la severidad del monarca.—Obedécela ciegamente, excepto cuando lo que te ordené redunde en perjuicio de su seguridad.—Lo haré, señor.—Aquí va una orden, prosiguió Nicolás firmando un papel previamente dispuesto y en el que ya campeaba

el sello imperial; esta orden pone á tu disposición hombres, caballos y coches. Me respondes de esa dama con tu vida.—Sí, señor.—Y á tu regreso, si me traes una carta en la que esa dama me diga que ha llegado felizmente y que ha quedado satisfecha de tí, te asciendo al grado inmediato.

Iván cayó de rodillas, y, olvidando la disciplina militar para recobrar el lenguaje del pueblo, exclamó:—Gracias, padre, gracias.

El emperador, como era su costumbre hacerlo con el más infeliz mujick, le dió á besar la mano.

Luisa hizo ademán de arrodillarse al otro lado y besar la otra mano de Nicolás; pero éste la detuvo diciéndole:—Está bien, está bien; es V. una mujer santa y digna. He hecho por V. cuanto he podido. Ahora, Dios guarde á V.—¡Oh! señor, exclamó Luisa, vuestra majestad es para mí la Providencia visible. ¡Gracias, señor, gracias! Pero, ¿y yo, qué puedo hacer?—Cuando ruegue V. por su hijo, respondió Nicolás, hágalo también por los míos.

Tras estas palabras el monarca hizo con la mano una señal á mi amiga, y se salió.

De regreso en su casa, Luisa encontró una cajita: se la había enviado la emperatriz y contenía los treinta mil rublos.

XXI

Resolvióse que Luisa saldría el día siguiente para Moscou, con objeto de dejar á su hijo en manos de la condesa de Waninkoff y de sus hijas, y yo por mi parte obtuve el permiso de acompañar á mi paisana hasta la segunda capital de Rusia, á la que deseaba visitar hacía largo tiempo.

Resuelto este punto, Luisa encargó á Iván que á las ocho de la mañana del siguiente día fuese por ella con

un coche, y con tanta exactitud cumplió el subteniente la recomendación, que concebí sobre su puntualidad el más favorable concepto.

Al mirar el coche noté con sorpresa que á la par que sólido era elegante y ligero; pero cesó mi admiración cuando ví en uno de los lados de la portezuela la marca de las caballerizas imperiales. Entonces me lo expliqué todo. Iván, en uso del derecho que le daba la orden del emperador, había escogido el mejor coche de la servidumbre.

Luisa no se hizo aguardar, y se presentó radiante; para ella habían desaparecido todos los riesgos y todos los temores. Si el día antes estaba decidida á emprender el camino sin recursos y á pie si era menester, ahora iba á realizar su proyecto con todas las facilidades del lujo y bajo la protección del monarca.

El coche estaba interiormente guarnecido de pieles, porque si bien no había nevado aún, el aire ya era frío, sobre todo de noche.

Luisa y yo nos acomodamos en el coche; Iván se sentó en el pescante junto al auriga, y á una señal suya dada por medio de un silbido, partimos con la velocidad del huracán.

Quien no ha viajado por Rusia, no puede ni remotamente formarse idea de la celeridad. Desde San Petersburgo á Moscou hay 720 verstas, esto es unas 190 leguas francesas, y por poco generoso que uno se muestre con los postillones, las recorre en cuarenta horas.

Ya que viene rodado, digamos qué se entiende en Rusia por mostrarse generoso con los postillones. El precio de cada caballo es cinco céntimos por cuarto de legua, ó si decimos de treinta y cinco á cuarenta céntimos de peseta por posta. Esto por lo que respecta á los dueños de los caballos, y en el particular ni siquiera teníamos que ocuparnos, pues viajábamos á expensas del emperador. En cuanto al postillón, su propina, no obligatoria, se deja á la generosidad del

viajero; ochenta kopecks por estación de veinticinco á treinta verstas, ó lo que es lo mismo de seis á siete leguas, le parecen una cantidad tan exorbitante, que mucho antes de llegar al relevo ya grita con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Alerta! ¡alerta! ¡traigo águilas!» lo cual quiere decir que es preciso obrar con la rapidez del pájaro del que cita el nombre para designar la esplendidez del viajero. Si, al contrario, está descontento, esto es si aquellos á quienes conduce le dan poco ó nada, anuncia con una mueca expresiva y llegando al trote corto ante la posta, que sólo trae cuervos.

Frente á la estación y acechando la llegada de alguna silla de posta ó de algún trineo hay continuamente quince ó veinte campesinos cuyos caballos están prontos á emprender la marcha. Mientras esperan, los campesinos matan el tiempo jugando, porque es de saber que el campesino ruso es jugador, aunque al modo de los niños, para distraerse y no para ganar. Apenas aparece una silla de posta cesa todo juego, y si la silla encierra *águilas*, todos se abalanzan á ella y desenganchan los caballos antes que se hayan detenido. Entonces se apoderan del tirante de la derecha, que es sencillamente una cuerda, y se agarran á ella uno tras otro, colocando la mano junto á la de su compañero, hasta que la cuerda haya sido empuñada tres ó cuatro veces por las mismas manos en toda su longitud, y aquel cuya mano llega al extremo de la cuerda es el designado para conducir el coche hasta la próxima posta. El favorecido corre inmediatamente en busca de sus caballos en medio de las felicitaciones de sus compañeros, que á porfía lo ayudan á enganchar, y un segundo después el nuevo relevo devora ya el camino. Si en vez de *águilas* lo que llegan son *cuervos*, todo se hace del modo más calmoso del mundo, aunque con el mismo *ceremonial*; pero el juego resulta entonces á la inversa, porque el conductor es el que sale perdido. Entonces todos se

valen de mil astucias al empuñar la cuerda para que no recaiga en ellos la suerte, y aquel á quien el acaso designa se aleja alicaído en busca de sus caballos, acompañado el tronco parte el trineo con la calma que al llegar. Sin embargo una vez en marcha, sea cuál fuere la modicidad de la propina, el cochero se anima á sí mismo hablando á sus caballos, de los que apresura ó acorta el paso con la voz, nunca con el látigo. Verdad que nada hay tan halagador como sus elogios, ni tan humillante como sus reproches: si los caballos avanzan con soltura, son golondrinas, palomas, y los llama hermanos, prendas, pichones; si lo contrario, son tortugas, limazas, caracoles, y los amenaza con una pajaza todavía más mala en el otro mundo que en este, amenaza que ordinariamente devuelve á las nobles bestias todo su aliento, y gracias á la cual vuelven á correr con la velocidad del viento.

Una vez ha tomado arranque, nada detiene al cochero ruso, la suya es una verdadera carrera de obstáculos: fosos, terromonteros, faginas, árboles caídos, todo lo salva; si vuelca, se levanta, y sin preocuparse con él, se acerca á la portezuela, y, con faz risueña, le dice á uno: *Nitchevaw, nebos*: no es nada, no se asuste usted. Sea cuál fuere el estado y la calidad del viajero, la fórmula no varía; sea cuál fuere la gravedad de la herida que uno ha recibido, el rostro que se asoma á la portezuela es siempre risueño.

Si el accidente es leve, en un instante queda reparado. ¿Que se ha roto un eje? el primer árbol que se encuentra en el camino cae á los golpes de la hachuela que el campesino ruso suele llevar consigo, y que para él equivale á todas las herramientas. Poco después el árbol queda escuadrado y labrado de modo que reemplaza al eje, y allá el coche. ¿Se rompe un tirante de modo que no es posible anudarlo? al campesino ruso le bastan contados segundos para tejer una cuerda más resistente que la primera con la cor-

teza de un abedul, y, enganchados de nuevo los caballos, anudan la marcha á la primera señal de su amo.

Por lo demás, el cochero mueve tal alboroto con sus excitaciones y sus cantos, hace tan poco caso de la jaula que arrastra detrás de sí, y en la cual traquea á sus cuervos ó á sus águilas, que en ocasiones no advierte, verbigracia, que en un vaivén se desprende el juego delantero, y continúa adelante á todo correr, dejando la caja en medio del camino y no advirtiéndolo el percance hasta llegar al próximo relevo. Entonces retrocede sin perder el buen humor que constituye la esencia de su carácter, y al emparejar con sus extraviados viajeros les dice: *No es nada*; luego, recompuerto que ha el trineo, anuda la marcha, añadiendo: *Nada teman ustedes*.

Aunque, como supondrá el lector, á Luisa y á mí nos hubiesen puesto en la clase de las águilas, nuestro coche, gracias á la previsión de Iván, era tan fuerte, que no nos sucedió accidente alguno de este género, y aquella misma tarde llegamos á Novogorod, la antigua y poderosa ciudad que había tomado por divisa el refrán ruso: «Nadie puede resistir á los dioses ni á la gran Novogorod.»

En otro tiempo cuna de la monarquía rusa, con sesenta iglesias que apenas bastaban para su numerosísima población, Novogorod es actualmente, con sus desmanteladas murallas, una como ruina de calles solitarias, y se alza en el camino, como el espectro de una capital muerta, entre San Petersburgo y Moscou, las dos capitales modernas.

No nos detuvimos en Novogorod más que para cenar, y, anudada la marcha, de vez en cuando veíamos en el camino grandes fogatas circuidas de diez ó doce hombres de luengas barbas, y un convoy de carretas alineado en uno de los lados de la carretera. Aquellos hombres son los carreteros del país, los cuales, á falta de pueblos, y por lo tanto de posadas, acampan á un

lado del camino, duermen sobre sus capas, y al día siguiente vuelven á emprender la marcha tan bien dispuestos y alegres como si hubiesen pasado la noche en la mejor cama del mundo. Durante su sueño, los caballos ramonean en el bosque ó pacen en el llano, y, al amanecer y llamados por los silbidos de los carreteros, vuelven y se colocan de suyo en el sitio que respectivamente les corresponde.

Al día siguiente nos despertamos en el riñón de lo que llaman la Suiza rusa, que no es sino una comarca deliciosa con lagos, valles y montañas, enclavada en medio de las inacabables estepas y de los sombríos é inmensos bosques de abetos que forman la nota culminante de aquella tierra. Waldai, situada á unas noventa leguas de San Petersburgo, es centro y cabeza de aquella Helvecia septentrional, y apenas hubimos llegado á ella, cuando nos vimos rodeados de sinnúmero de vendedoras de piñonate, que me recordaron las vendedoras de barquillos de París. La única diferencia que separa á aquéllas de éstas, es que el número de vendedoras privilegiadas que benefician los alrededores de las Tullerías es reducido, y en Waldai lo asalta á uno un ejército de muchachas con saya corta, que ó mucho me engaño ó el tráfico ostensible que ejercen sirve de tapadera á un comercio ilícito.

Al salir de Waldai, la primera población que se encuentra es Torschok, célebre por sus tafletes bordados, con que se labran zapatillas elegantísimas y chapines de gusto y capricho que enamoran. Luego viene Twer, capital del gobierno, con un puente de doscientos metros que conduce al otro lado del Volga, río de larguísimo curso que nace en el lago Señor y desemboca en el Caspio después de haber atravesado en toda su anchura á Rusia, esto es un espacio de quinientas leguas. A veinticinco de esta última ciudad nos cogió la noche, y cuando amaneció el nuevo día, estábamos á la vista de las brillantes cúpulas y de los dorados campanarios de Moscou.

La perspectiva de la gran ciudad me impresionó hondamente. Ante mis ojos se alzaba la inmensa tumba en que Francia sepultó su fortuna. A pesar mío me estremecí: parecióme que el espectro de Napoleón iba á aparecerme como el de Adamastor, y contarme su derrota vertiendo lágrimas de sangre.

Al entrar en la ciudad, en todas partes busqué las huellas de nuestro paso en 1812, y noté algunas. De tiempo en tiempo y cual mudas pruebas de la bárbara abnegación de Rostopchín, se ofrecían á mis miradas vastos escombros todavía ennegrecidos por las llamas.

A impulsos de mi impaciente curiosidad, hubiérame bajado del coche antes de apearme en la fonda, antes de ir á parte alguna, y habría preguntado por el camino del Kremlin para visitar el sombrío palacio al que los rusos rodearon con el cinturón de fuego de la ciudad entera entregada á las llamas; pero como no iba solo, aplacé para más tarde mi visita, y dejé á Iván que nos condujese.

Después de atravesar parte de la ciudad, nos detuvimos á la puerta de una posada propia de un francés, junto al puente de los Mariscales, y, por casualidad, no distante del palacio de la condesa de Waninkoff.

Luisa, que durante todo el viaje había llevado en brazos á su hijo, estaba sumamente fatigada; ello no obstante y á pesar de mis instancias para que primeramente tomase algún reposo, escribió sin dilación á la condesa para anunciarle su llegada á Moscou y solicitar su venia para visitarla.

—¿Quién va á llevar la carta? me preguntó Luisa.

—Iván, le respondí, comprendiendo que no porque el subteniente fuese portador de la carta sería ésta más mal recibida.

Iván aceptó de mil amores la comisión, y diez minutos después y en el instante en que yo acababa de retirarme á mi cuarto, á la puerta de la posada se detuvo un coche que conducía á la condesa y á sus hijas, que no quisieron aguardar la visita de

Luisa y venían por ella. En efecto, la madre y las hermanas de Alejo conocían la abnegación de mi noble paisana, sabían con qué fin se había puesto ésta en camino y adónde se dirigía, y no querían que durante el poco tiempo que pasase en Moscou, aquella á quien daban título de hija y hermana se hospedase en otra parte que en casa de ellas.

Como mi cuarto estaba pared en medio del de Luisa, hasta cierto punto fui testigo de la ardiente efusión con que la afligida madre abrazó á la que iba á ver á su hijo, y de las palabras que se cruzaron en aquella entrevista, palabras por las cuales colegí que la presencia de Iván llenó de gozo á la familia, pues por él la condesa tuvo nuevas más recientes de Alejo, y supo que éste había llegado á Koslow en tan buen estado de salud como lo consentía la situación; sobre que para la condesa y sus hijas era una dicha conocer el nombre de la aldea en que aquél habitaba.

Luisa recorrió las colgaduras de la cama para mostrar á su hijuelo, que estaba dormido, y, antes que hubiese manifestado su intención de dejarlo en poder de la condesa y de sus hijas, ya estas últimas lo habían cogido y presentado á su madre para que lo besara.

Como la familia de Alejo manifestó deseos de verme por haber sabido que yo había acompañado á Luisa y sido maestro de esgrima de aquél, mi compatriota me envió un recado que por fortuna no me cogió desprevenido, quiero decir que previendo la llamada, había aprovechado el tiempo para reparar el desorden que en mi tocado introdujeran dos días y dos noches de viaje.

Es ocioso decir que la condesa y sus hijas me acribillaron á preguntas; pero como había cultivado yo lo bastante la amistad del conde para responder satisfactoriamente á cuanto me preguntasen aquéllas, y por otra parte Alejo me era demasíadamente caro para que me cansase de hablar de él, las pobres mujeres

quedaron tan complacidas, que se empeñaron en que me alojase también en su casa. Agradecí del mejor modo que supe la incitación, pero como no tenía derecho alguno á tan honrosa hospitalidad, no acepté, primeramente por no incurrir en una indiscreción, luego porque en la fonda gozaba yo de mucha más libertad, y finalmente porque habiendo decidido no pasar ni un día más en Moscou después de haber partido Luisa, quería aprovechar el poco tiempo de que podía disponer, visitando la ciudad santa.

Luisa contó su entrevista con el emperador y cuánto éste había hecho por ella, y, al escucharla, la condesa derramó lágrimas de gozo y de gratitud, pues esperaba que el soberano no se detendría á la mitad del camino de su generosidad, sino que conmutaría el destierro perpetuo en destierro temporal, como ya había conmutado en destierro perpetuo la pena de muerte.

Ya que no pudo á mí, la condesa quería ofrecer á lo menos hospitalidad á Iván; pero lo reclamé con la intención de convertirlo en mi guía, por haber hecho la campaña de 1812, y peleado en retirada desde el Niemen hasta Wladimir, persiguiéndonos luego desde este último punto hasta más allá del Beresina; lo cual hacía que el subteniente fuese para mí demasiado precioso para que de él me separase.

Luisa y su hijo se subieron pues al coche con la condesa y sus hijas, y yo me quedé en la fonda con Iván, pero no sin haber prometido á la condesa que aquel día iría á comer en su casa.

Un cuarto de hora después, Iván y yo nos salimos, y empecé mis investigaciones.